



La Lanza Rota

COLECCIÓN PLANETA ROJO

Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.

© del texto, Alberto Rojas M., 2019
© de las ilustraciones, Félix Vega, 2019

Diagramación:
Ricardo Alarcón Klaussen

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2019
Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Ninguna parte de esta
publicación, incluido el diseño
de la portada, puede ser
reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, sin permiso
previo por escrito del editor.

Primera edición: diciembre 2019
ISBN |978-956-9962-90-5
Registro: 162.716

El libro original protege el
trabajo del autor, diseñador y
del equipo editorial. Comprar
el original es respetar ese
trabajo. No fomentes el delito
de la piratería.

Impreso en Chile / Printed in Chile

ALBERTO ROJAS M.

Ilustraciones de Félix Vega

El recuerdo de los olvidados

Algunos dicen que las leyendas son solo eso, cuentos con los que los ancianos entretienen a los niños durante alguna noche estrellada de verano o un lluvioso y frío día de invierno. Pero otros aseguran que esas historias están lejos de ser solo producto de la imaginación y que realmente son testimonios de acontecimientos que ocurrieron en épocas y lugares casi olvidados.

Kalomaar es parte de esas leyendas. Un mundo antiguo y lejano en el que la magia era extremadamente poderosa. Y donde hombres y mujeres, día a día, enfrentaban los más variados peligros y misterios, en las callejuelas de enormes ciudades de algún reino o explorando tierras que aún no habían sido dibujadas en los mapas.

Un lugar en el que guerreros, hechiceros y piratas de todas las edades se aventuraban por bosques, mares y desiertos en busca de riqueza y gloria. Y donde ser hábil con la espada era tan importante como conocer el hechizo exacto. Sobre todo, si se trataba de salvar la vida en un duelo o de encontrar la mayor de las riquezas.

No todos lo lograron y muchos, incluso, pagaron con su vida sus errores, pero hubo unos pocos cuyos nombres siguieron siendo recordados, y por eso quedaron escritos de manera imborrable en la verdadera historia de Kalomaar.

Extracto de El libro de los secretos de Kalomaar.

1

La fuga

La noche lo envolvía todo. Incluso al imponente castillo que, desde lo alto de una ladera, se levantaba vigilante sobre el valle. Solo las antorchas en la reja principal delataban la existencia de vida al interior de la fortaleza Varkaang. Sin embargo, no todo estaba en calma tras sus gruesas y antiguas murallas.

Ninguno de los vigías reparó en la silenciosa sombra que, deslizándose lo más cerca posible de los muros, había recorrido el largo trayecto entre la escala que conducía a los calabozos y el patio en que se encontraban las caballerizas. Allí, al advertir la presencia de un guardia, la sombra se detuvo.

El guardia hacía su ronda de mala gana, pensando en que podría estar junto a sus compañeros bebiendo y cantando, en vez de padecer el frío y la humedad de esa noche. Absorto en las quejas que mascullaba, siguió su camino hacia el pozo. Tal vez si sus jóvenes e inexpertos ojos hubiesen puesto más atención, habrían distinguido a la sombra adherida al muro. Y habría descubierto que no se trataba de una sombra, sino de una figura humana, envuelta en una capa que cubría su cabeza con una capucha.

La figura no reanudó su camino, a pesar de que el guardia había abandonado el lugar. Por el contrario, esperó algunos instantes hasta que oscuras nubes ocultaron a Iser y Berón, las dos lunas que con su luz alargaban las sombras de torres y árboles. Cuando todo quedó envuelto por la oscuridad, la figura cruzó corriendo el adoquinado patio, hasta alcanzar la puerta de las caballerizas.

Una vez dentro, solo con la luz de una vela, se dirigió hasta el penúltimo establo, donde se encontraba un caballo negro como esa misma noche, que en su frente lucía una mancha blanca con forma de estrella. Fue en ese instante cuando la figura levantó su capucha para dejar al descubierto una hermosa cabellera roja.

—Hola, Tempestad —dijo la mujer, al tiempo que tomaba las riendas—. Espero que hayas comido, porque no tenemos mucho tiempo.

Lentamente guio el caballo hasta la puerta, esperando que los montoncitos de paja en el suelo pudieran ahogar el ruido de sus cascos. Pero casi al llegar al patio, la esbelta mujer distinguió al guardia del cual se había ocultado, caminando directamente hacia ellos. Y apagó la vela de un soplo.

—Debí dejar cerrada la puerta —pensó, mientras su mano enguantada buscaba a tientas en el suelo.

Sus dedos se cerraron sobre un leño no muy pesado, justo cuando el guardia llegaba hasta la puerta, avanzando a tientas en la oscuridad. Solo alcanzó a dar tres

pasos dentro de la caballeriza, cuando la mujer descargó dos certeros golpes sobre su cabeza, partiendo el leño.

Su escaramuza habría resultado mejor de no haber sido por el ruido que causó la lanza del soldado al caer. Sin perder un segundo, la misteriosa mujer montó sobre su corcel y clavó sus espuelas con vigor. En algún lugar del castillo, una campana empezó a tañer.

Antes de llegar a la mitad del patio, gritos y carreras le anunciaron que había sido descubierta. Varios soldados con antorchas intentaron cortar el paso, pero cayeron bajo los cascos de su caballo. Aún no salía del patio de las caballerizas y le faltaba cruzar el patio del pozo para poder alcanzar la reja principal.

—¿Dónde está? —gritó una voz por encima del estruendo—. ¿Cómo pudo escapar?

La fugitiva levantó su rostro y vio bajar por las escaleras de piedra a un hombre alto, de barba y que trataba de colocarse las últimas piezas de su negra armadura sin mucho éxito. Le seguía, al menos, una docena de guardias.

Sin soltar las riendas de su caballo, la mujer buscó bajo los pliegues de su capa. Levantar la ballesta, apuntar y disparar fueron una misma cosa. Y en medio de aquella oscuridad iluminada solo por el pálido resplandor de las antorchas, la flecha buscó su blanco.

El caballero tuvo solo unos pocos segundos para reaccionar, pero no fueron suficientes. La metálica punta



de la flecha cruzó su cara por debajo de su ojo izquierdo, dejándole una larga y profunda herida en la mejilla. Todos los soldados enmudecieron.

—¡Eso es para que no te olvides de mí! —gritó la mujer—. ¡Pagarás por todo lo que has hecho, Kargan!

—¡Te mataré, Shara! —gritó Kargan—. ¡Juro que te mataré!

—¡Pero primero tendrás que intentarlo! —respondió, al tiempo que clavaba las espuelas en su corcel.

Antes de que los guardias pudieran reaccionar, Shara cruzó entre ellos, dirigiéndose hacia la reja principal de la fortaleza. A sus espaldas podía escuchar los gritos de Kargan, ordenando que la atraparan a toda costa. Una lluvia de flechas disparadas por los centinelas cruzó por encima de su cabeza.

—¡Cierren la reja! —ordenó Kargan—. ¡Cierren la reja!

Sin embargo, los guardias en la entrada de la fortaleza apenas habían reaccionado a la alarma, y solo algunos metros separaban a Shara de la libertad. Lentamente, dos esclavos comenzaron a mover la gran rueda que hacía funcionar los mecanismos que abrían y cerraban la reja. Pero eran demasiado lentos para la premura de Kargan. Y él lo sabía.

Con la angustia en sus ojos, Kargan arrebató la lanza del soldado que tenía más cerca, la levantó y con todas sus fuerzas la lanzó hacia la reja. Por un momento Shara vio algo borroso y largo cruzar sobre ella, para clavarse de

lleno en la soga que sujetaba la reja. Y el tiempo pareció correr más lento, casi hasta detenerse.

Los esclavos huyeron asustados, mientras la gruesa soga comenzaba a romperse a medida que las múltiples cuerdas que la formaban se soltaban una a una. Súbitamente, la soga se cortó con un estampido, y la noche se llenó de chirridos que delataban el escalofriante ruido del metal que choca con la piedra. La reja, con sus afiladas púas, comenzó a caer sin control.

Horrorizada, Shara apuró con mayor fuerza a su caballo, mientras veía cómo se acercaba más y más a la reja que amenazaba con cerrar su paso. Apenas quedaba espacio para que pasara un jinete. Toda la guardia corría detrás de ella.

Repentinamente y en una maniobra que el mismo Kargan no logró ver completamente bien, Shara desmontó y, afirmada solo en las riendas y el estribo derecho, pasó junto a Tempestad a escasos centímetros de las afiladas púas. Entonces, la reja cayó con un ensordecedor estruendo, levantando una gran nube de polvo. La entrada principal a la fortaleza Varkaang estaba cerrada.

Unos metros más allá, a medio camino del bosque, Shara se detuvo. Al escapar, había sentido un fuerte tirón que casi la hizo perder el equilibrio. Las púas de la reja habían desgarrado su manto, dejándolo reducido solo a jirones. Shara pensó que el precio por salir viva era mínimo. A lo lejos, los gritos de los soldados a través de las barras de

la gigantesca reja no pudieron menos que darle risa. Y soltó una dulce carcajada que el viento llevó hasta Kargan.

—¡Levanten la reja, malditos! —gritó—. ¡Háganlo o les cortaré la cabeza con mi espada!

—Mi señor Kargan —dijo un soldado arrodillándose a sus pies—, la soga quedó cortada con vuestra lanza. Es demasiado pesada y no podremos levantarla... hasta mañana.

Kargan profirió maldiciones en lenguas que nadie pudo comprender. Su prisionera había escapado y tenía una misión incompleta. Estaba en grandes problemas. La ira se podía ver claramente en sus ojos, y nadie que realmente apreciara su vida, quiso cruzarse en su camino esa noche.

Ya en la seguridad del bosque, Shara condujo a Tempestad a paso más tranquilo, hasta que un dolor en su hombro derecho la hizo detenerse. Una de las tantas flechas disparadas había logrado clavarse en uno de los puntos débiles de su armadura. La cota de malla estaba rota y de la herida manaba sangre.

—No contaba con esto, Tempestad —musitó al tiempo que intentaba sacar la flecha. Pero esta se había clavado profundamente y el dolor era demasiado fuerte. Entonces, Shara apretó los dientes y quebró una parte de la flecha. Luego arrancó un trozo de su manto para vendarse la herida, no sin dificultad.

Tempestad relinchó y movió la cabeza. Luego enfiló por un camino lateral, que se internaba en lo más profundo del bosque.